



Anonimatos: Lo he visto agacharse y recogerlas con ingenuo entusiasmo, pero todavía no lo ha notado. No se imagina que se trata siempre de la misma persona, de una sola y única persona. Confía demasiado en la primera impresión, y se enfoca en las diferencias, sin atender a los detalles. Aunque también he sido muy cuidadoso. He dedicado largas horas a mis metamorfosis, a la transformación a veces drástica de mi rostro, de mi apariencia. Y de esta manera he podido ser él y ella, joven y viejo, blanco y negro. Lo cual debe resultar bastante confuso, desconcertante. Tampoco utilizo el mismo estudio. Ni después hago absolutamente nada con las fotos. Una vez fuera, simplemente las dejo caer en cualquier sitio sin esperar que alguien se interese en descubrirme detrás de todos esos rostros, ni en armar este absurdo rompecabezas. ¿Para qué habrían de hacerlo? Ni yo mismo sé por qué hago todo esto.



Cada golpe. Cada ofensa. Cada bajeza. Cada grito. Cada amenaza. Cada traición. Cada mentira. Cada engaño. Cada desconfianza. Cada desprecio. Cada burla. Cada abuso. Cada trampa. Cada doblez. No importa que luego hayas recibido y aceptado las mil falsas disculpas. Que te hayan pedido perdón/ lo siento/ no fue mi intención/ no tuve más remedio/ me lo ordenaron/ no volverá a suceder/ lo hice sin pensar/ lo dije en broma/ me cogiste en un mal momento. Ni siquiera importa que lo hayas olvidado todo, borrado de tu mente para seguir viviendo, para no acumular rencores, venenos, odios, para estar en paz; que hayas sido indulgente y los hayas absuelto, perdonado. De todos esos malos recuerdos, de esos pinchazos aparentemente invisibles está repleta la piel áspera, escabrosa de tu espíritu. No son —como quisieras cicatrices, sino heridas anestesiadas, indoloras, pero siempre abiertas, sangrantes.



Miré por la ventana y los vi. No podía creerlo. Toda la familia. No solo los viejos. Hasta los niños habían sufrido la transformación, la metamorfosis. Al principio pensé que me había confundido. Pasé rápido y quizás en vez de haber mirado a través de la ventana mis ojos se habían enredado en los hierros retorcidos de aquella reja colonial. Así que viré. Di unos pasos atrás para cerciorarme. No. No me había equivocado. Allí estaban. Retorciéndose en medio de la sala como en el fondo de un cubo de basura. Eran vecinos. Vecinos de toda la vida. ¿Cómo había podido ocurrir algo así, tan atroz? Los conocía por Franz, por Antonia. Escuchaba asqueado la historia de sus habladerías optimistas sobre el futuro, sus alabanzas. O en otro sentido sus diatribas, sus descalificaciones, sus denuncias. Eran áspides, víboras venenosas que aún agitaban inútilmente sus pequeñas lenguas rojas. Fue raro. No sentí odio, ni repugnancia. Era una escena, más bien triste, ridícula, conmovedora.



Nunca hice las cosas completas. No porque no tuviera a mano los materiales necesarios ni las herramientas. Ni porque me faltara tiempo o ganas. Tengo todas las herramientas. Y tiempo y ganas realmente me sobran. No es eso. Es que no me satisface el concepto de perfección, de belleza. Cuando algo está completo, terminado, perfecto, me sobreviene un profundo sentimiento de vacío, de inutilidad, una gran tristeza. No hay futuro. Si todo está hecho es simplemente el fin. Por eso adoro lo incompleto, lo defectuoso, lo cojo, lo manco, lo tuerto, porque justifican la continuidad de mi labor. Aunque quizás jamás llegue a hacerlo, sé que aún me queda algo pendiente, por hacer. Pero vivo con miedo. La otra mitad posible es siempre una amenaza.

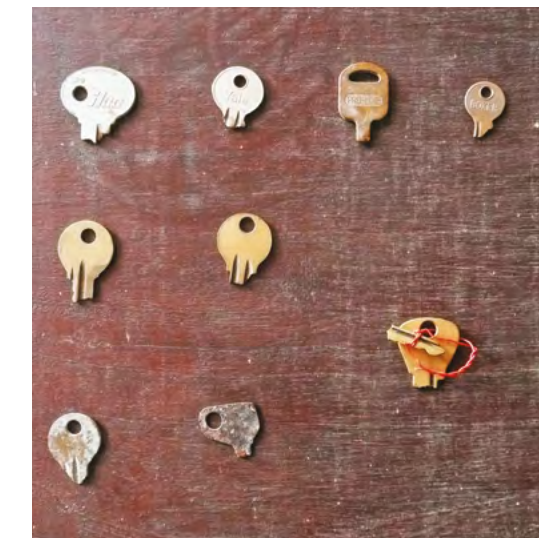
AZAR

No puedes caerle atrás a la suerte
Perseguirla
Es la suerte la que te busca
O la desgracia
La que coge el mazo grasiento, empercudido
Y baraja las cartas, las mezcla, las revuelve
Es ella la que parte y reparte
Uff el 7 de bastos / Oh el 8 de diamantes/Ay
la espada desnuda del 2
Ah la enorme copa desbordada, rebosante
o el trébol deshojado, marchito
Pero no sabes realmente qué número va a serte
fasto o nefasto
Ni cuál de los palos te traerá el dulzor
de lo benéfico
O el amargor de la desdicha
No puedes andar por ahí tratando de que
la ciudad descubra tu destino, te sorprenda,
Que la baraja que encuentras metida en un
charco, dentro de un matorral
te revele un secreto
Hace mucho tiempo todas las cartas salieron
volando y han ocupado la ciudad, el universo
Pero las tuyas han estado siempre ahí sobre
tu mesa
Tranquilas
Sabiendo que nunca podrás encontrarlas
Esperándote.



GANZÚAS O DEFENSA DE LAS LLAVES MAESTRAS

Por supuesto que no. En modo alguno puede hablarse aquí de llaves rotas. En todo caso, de llaves truncas, de medias-llaves, de llaves de medio cuerpo, de la cintura para arriba. O de llaves a media asta, como nacidas en días de duelo, de luto. Llaves con apariencia de bañistas que, en vez de zambullirse en las profundidades de un llavín prefieren quedarse con el agua al pecho, sacando sólo su redonda cabeza. Sucédaneas metálicas de las pequeñas fotos de carnet, que para cumplir con su discreta función policial prescinden olímpicamente del resto del cuerpo. Así que nada de llaves rotas y mucho menos inservibles o inútiles. La palabra inútil no debe mencionarse. Ese es probablemente uno de los prejuicios más arraigados en relación con los objetos y artefactos de apariencia irregular, de estructura incompleta, que por azar dejaron de exhibir el vanidoso estado íntegro, enterizo que habitualmente poseen los estereotipados productos industriales. ¿Acaso el cojo, el manco, el tuerto son inútiles? ¿O aquellos a quienes les falta sólo la mitad de la razón? ¿O los que dudan, vacilan, titubean, es decir, están totalmente de acuerdo, pero sólo con la parte de arriba o de abajo de la verdad? Un simple faltante no debiera implicar necesariamente un estigma, una deshonra. Sólo una diferencia. Más bien habría que agradecer que, aunque incapaces de abrir ninguna puerta, estas magníficas ganzúas tampoco se hallan capacitadas para cerrarlas.



Y mucho menos para encerrar celosamente algún secreto. Constituyen más bien denuncias libertarias, manifestos contra la ocultación, la discreción, el disimulo. Solo resultan medianamente útiles para abrir puertas entornadas. Y desde luego, para abrir de par en par puertas ya previamente abiertas, pero que nunca llegamos a utilizar. Por las que decidimos no entrar o salir por parecernos sospechosas. Y quizás es por eso que seguimos trabados acá adentro. O acá afuera. A la intemperie.

Itinerarios

Naipes • Dados • Mitades •
Números • Legos • Gavetas
• Años • Bigotes de gata •
Fases de la luna • Rompecabezas
• Guayos • Partes de relojes •
Partes de jaulas • Pétalos de jabas
• Piezas de ajedrez • Formas aplastadas •
Las partes de la paloma • Áspides • Plantas
• Vampiros y pitos • Dominós • Parches de pelotas de

fútbol • Pelotas de teipe • Damas • Yaquis • Fotos de carnet,
Carnets • Plantillas, juntas y filtros • Llaves rotas • Alfabeto de
zapatos • Las formas del pensamiento • Dinero • Pencas • Cerdas •

Tubos de cartón • Fractales • Temperas • Perdidos • Dos manos • Los pies de San Lázaro

Itinerarios es una taxonomía de objetos, objetos encontrados que se muestran tal cual, libres de intervención. El proyecto propone mostrar los resultados de un proceso creativo que parte de lo objetual: el archivo desplegado, la clasificación, la colección.

La noción de “lo inconcluso” es esencial, y signa el crecimiento potencial de estas colecciones. En algunas, el viaje podría tornarse infinito. En otras, “culmina” respetando la finitud que define la naturaleza del conjunto: en el caso de los naipes, por ejemplo, se concluye cuando se encuentren todas las cartas de cada mazo —de ahí los espacios vacíos que sugieren las faltantes—.

El coleccionismo de objetos encontrados deviene una práctica rutinaria, casi compulsiva, que se fundamenta en el hecho de concederle una cualidad mística a ese transitar por la calle, por la vida.

Textos / Orlando Hernández
Declaración / Sabrina Fanego
Curaduría / Liatna Rodríguez
Montaje / AT. Producciones Artísticas
Diseño / Cristina Rodríguez
Agradecimientos / Elizabeth Jorge • Rosendo Mesías •
Sabrina Fanego • Niuirka Fanego • Lázaro Sabas • Julio Llópez •
Irving Vera • Michel Pascau • Orlando HP • Rafael Domenech •
Quillermo Suaroz • Anyzia Quesada

EL APARTAMENTO ARTE CONTEMPORÁNEO

www.artapartamento.com

Calle H esq. a 15 #313, Apto 3, Vedado, La Habana
(+53) 7835 6019 - info@artapartamento.com

